

CANTO TERCERO.

se determina continuar la guerra.—Recíbese la noticia de haber
muerto Moctezuma.—Es proclamado Cuicláhuac Emperador de
México.—Resuelve Cortés abandonar la ciudad.—Preparativos
con escaramuzas en las calles.—Cubren los españoles parte de
la calzada de Tlacopan.—Los mexicanos piden la libertad del
sumo sacerdote.—Emprenden la retirada las tropas españolas.
—Jornada de la Noche Triste.

Los dioses del Anáhuac protectores
Derraman en el pueblo mexicano
El aliento y la fe, que bienhechores
Reaniman en denuedo soberano.
Al ver que á los temibles invasores
Da muerte el pueblo con segura mano,
En la victoria la nacion confia
Y por doquiera cunde la osadía.

CANTO TERCERO.

se determina continuar la guerra.—Recíbese la noticia de haber
muerto Moctezuma.—Es proclamado Cuicláhuac Emperador de
México.—Resuelve Cortés abandonar la ciudad.—Preparativos
con escaramuzas en las calles.—Cubren los españoles parte de
la calzada de Tlacopan.—Los mexicanos piden la libertad del
sumo sacerdote.—Emprenden la retirada las tropas españolas.
—Jornada de la Noche Triste.

Los dioses del Anáhuac protectores
Derraman en el pueblo mexicano
El aliento y la fe, que bienhechores
Reaniman su denuedo soberano.
Al ver que á los temibles invasores
Da muerte el pueblo con segura mano,
En la victoria la nacion confia
Y por doquiera cunde la osadía.

Están en el cuartel los extranjeros
 Cercados por las huestes mexicanas;
 Para el combate aprestan los aceros
 Las tropas invasoras y tiranas.
 De los pueblos de Anáhuac los guerreros
 Cubren las chozás al cuartel cercanas:
 Sordo rumor en la ciudad se escucha,
 Que es señal precursora de la lucha.

Hállanse en Tlatelolco convocados
 Los caudillos de Anáhuac, que examinan
 La situación, y en breve entusiasmados,
 Combatir sin descanso determinan.
 Inúmeras secciones de soldados
 Al decisivo ataque se destinan,
 Que estar al mando esperan impacientes
 De Cuiclahuác y Cuauhtemoc valientes.

Pero ¡ay! cuando dispuestos á la lucha
 Se encuentran ya los fuertes escuadrones,
 Triste clamor de súbito se escucha
 Que estremece á los bravos corazones.
 Con extremada rapidez, con mucha
 Agitación, que aterra á las legiones,
 Del gran teocalli acelerada llega
 Reunion de gente que al dolor se entrega.

Y á medida que el grupo se adelanta,
 Las secciones armadas recorriendo,
 Un grito atronador cada garganta
 Con uniformidad va repitiendo.
 ¿Qué cosa al pueblo lidiador espanta?
 ¿Qué causa reconoce aquel estruendo?
 Es que una voz anuncia, airada y fuerte,
 De Moctezuma la horrorosa muerte.

Presto la voz circula formidable
 De que el feroz ejército extranjero
 Inhumano le dió muerte execrable
 Al abyecto monarca prisionero.
 Niégale la nobleza inexorable
 El funeral de rey y de guerrero,
 Y se convoca al pueblo mexicano
 Para nombrar el nuevo soberano.

Corresponde ceñirse la corona
 Al bravo Cuiclahuác, cuyo ardimiento
 Patrio por donde quiera se pregona,
 Y en las masas propágase el contento.
 A la nación amenazada abona
 Del nuevo Rey el fiero atrevimiento;
 Y el pueblo espera recobrar su brillo
 Teniendo por monarca tal caudillo.

Con la solemne pompa acostumbrada
 El nuevo Emperador es proclamado;
 Pero su altiva frente coronada
 No pierde la rudeza del soldado.
 Jura no abandonar la pétreo espada
 Y combatir sin tregua denodado
 Hasta dar al ejército enemigo
 En la batalla vengador castigo.

Entretanto, el caudillo castellano
 Salir de la ciudad tiene dispuesto,
 Que al encono del pueblo mexicano
 En el débil cuartel se encuentra expuesto.
 Le aconseja su instinto soberano
 Que debe ejecutar sus planes presto,
 Pues puede la más mínima tardanza
 Arrebatarle la última esperanza.

Manda que sus ligeros escuadrones
 Reconozcan las varias avenidas
 Que, rumbo á diferentes direcciones,
 Están por los contrarios defendidas.
 Estudia las diversas opiniones
 En consejo de guerra discutidas,
 Y la marcha es al fin determinada
 Siguiendo de *Tlacoopan*¹⁶ la calzada.

Pero cegar para ello es necesario
 Las zanjas que dividen el camino,
 Y ahuyentar á la fuerza del contrario
 Que con arrojo á defenderlas vino.
 Cortés, más que atrevido, temerario,
 Y haciendo disparar fuego asesino,
 Se arroja á la calzada con su gente
 Para cegar los fosos audazmente.

Y como el huracan desenfrenado
 Que todo lo arrebató en su carrera,
 Así la hueste del caudillo osado
 Lleva la destrucción con ansia fiera.
 Siéntese el enemigo amedrentado
 Y emprende en su terror fuga ligera:
 El español entónces se apresura
 Y ciega la primera cortadura.

En su furor la marcha apresurando
 La soldadesca turba arrebatada,
 Va las débiles casas derrumbando
 Que encuentra á trechos de la gran calzada.
 Después con los escombros va llenando
 Los fosos, y dejando resguardada
 La salida el intrépido guerrero,
 A su cuartel dirígese ligero.

Cercan en tal sazón la fortaleza
 Del español algunos mexicanos,
 Que sin mostrar su bélica entereza
 Van á ofrecer la paz á los tiranos.
 Dando tregua al orgullo y la fiereza,
 Piden á los soberbios castellanos
 Que el sumo sacerdote prisionero
 De santa libertad recobre el fuero.

Al nuevo Emperador, ya proclamado,
 Se debe consagrar solemnemente,
 Y el sumo sacerdote es esperado
 Para la ceremonia consiguiente.
 Cortés, con la esperanza deslumbrado
 De que sin riesgo salvará á su gente
 Mientras el pueblo se halla entretenido,
 Entrega el sacerdote requerido.

Pero despues invaden la calzada
 De Tlacopan innúmeras legiones,
 Y la guardia española es arrollada
 Por los embravecidos escuadrones.
 La guarnición del fuerte, apresurada
 Sale al raudo correr de los bridones,
 Y aunque se afana en despejar la vía,
 No vence del contrario la osadía.

Adelanta Cortés resueltamente
 Para rehacer á la dispersa guardia;
 Mas Cuitlahuác se arroja de repente
 Sobre la numerosa retaguardia.
 El jefe mexicano, diligente,
 Nuevos fosos practica, y la vanguardia
 Al regresar se encuentra detenida
 Y con ímpetu ciego combatida.

No se inmuta Cortés: apresurado
 Alienta á batallar á sus guerreros,
 Y sobre el enemigo, denodado,
 Hace esgrimir los rápidos aceros.
 Atraviesa valiente y esforzado
 Las numerosas filas de flecheros,
 Y logra, al terminar la retirada,
 Una parte cubrir de la calzada.

Llega la noche: el vasto firmamento
 Le niega á la ciudad su transparencia;
 Brama y rebrama poderoso el viento
 Y descarga la lluvia con violencia.
 Dispone Hernán Cortés el movimiento
 De la salida, dando con prudencia
 A los jefes prolijas instrucciones
 Para salvar del riesgo á las legiones.

Abre la marcha el capitán valiente
 Gonzalo Sandoval, acompañado
 De una sección de castellana gente
 Y un cuerpo del ejército aliado.
 Llevan los tlaxcaltecas un gran puente
 Para las cortaduras preparado:
 De esa suerte en la noche tenebrosa
 Avanza la vanguardia silenciosa.

Después de Sandoval, Cortés seguía
 Mandando el fuerte centro, que cuidaba
 El tesoro del Rey, la artillería
 Y todo lo que en sí valor guardaba.
 La familia imperial, que residía
 Al lado de Cortés, también marchaba
 En la sección del centro, y cien soldados
 De su defensa estaban encargados.

Alvarado y Velázquez, con el resto
 De gente tlaxcalteca y castellana,
 Cierran la marcha; el Tonatiuh dispuesto
 A derramar la sangre mexicana.
 No abriga Hernán Cortés temor funesto
 De que su tentativa salga vana:
 Está la noche oscura y silenciosa
 Y la ciudad al parecer reposa.

En ordenada formación avanza
 De esa suerte el ejército sitiado,
 Y el canal de Occidente pronto alcanza
 Marchando por las sombras resguardado.
 Gonzalo Sandoval el puente lanza
 Sobre el foso, que encuentra abandonado;
 Y al ver que el centro el movimiento sigue,
 Su lenta marcha con valor prosigue.

Óyese en tal sazón, como el lamento
 Del ser que en su dolor piedad implora,
 Del agorero buho el triste acento
 Que interrumpe la calma bienhechora.
 En toda la extensión del campamento
 Se repite, fatídica y sonora,
 La misma voz, que es la señal de alerta
 Con que se llama á la ciudad despierta.

Es la señal que Cuiclahuác osado
 Diera á los mexicanos escuadrones
 Para atacar, valiente y esforzado,
 A las contrarias bélicas legiones.
 A esa señal, del pueblo entusiasmado
 Palpitan con ardor los corazones,
 Y por doquier la mexicana gente
 A la calzada acude diligente.

A la indecisa luz de los disparos
Véanse volar las flechas silbadoras
Que abren entre las filas grandes claros
De las chusmas aliadas y traidoras.
Lidiando en nombre de sus dioses caros
Del Anáhuac las huestes guardadoras,
Más que de hombres sus fieros corazones,
En el riesgo parecen de leones.

Quiénes los dardos lanzan con presura,
Quiénes la maza de armas balancean,
Quiénes ¡ay! con el hacha toseá y dura
En el acero con furor golpean,
Quiénes, arrebatados de bravura,
Con los inermes brazos forcejean,
Presentando al contrario por escudo
Un pecho de adalid, fuerte y desnudo.

Unos en palos llevan enastadas,
A manera de lanzas de gigantes,
Las agudas mortíferas espadas
Que al español quitaron arrogantes.
Con ellas, diestramente manejadas,
Dan la muerte furiosos y anhelantes
A los caballos fuertes y ligeros,
Y acosan á los bravos caballeros.

Altivo Cuauhtemoc, con sus legiones
Sobre el puente veloz se precipita;
Arrolla á los contrarios escuadrones
Y de la retaguardia el paso evita.
Velázquez de Leon á las secciones
De los aliados al combate excita;
Quiere alcanzar á los que van al frente,
Y en lucha desigual entra valiente.

Pero el altivo jóven, con presteza
Al capitan temido se abalanza;
Hiere con la macana la cabeza
Del corcel, que vacila á su pujanza.
El español conserva la entereza
Y al suelo en pié con rapidez se lanza;
Su diestra esgrime el matador acero
Y á su enemigo se dirige fiero.

El bravo Cuauhtemoc no se acobarda:
A Velázquez observa, y el empuje
Tranquilo no, con ansiedad aguarda,
Y cual toro salvaje fiero muge.
Pasa un instante, y al mirar que tarda
La esperada agresión, con ira ruge,
Y obediente á su impulso denodado
Contra Velázquez marcha apresurado.

Esquiva el golpe cuando está á su frente,
 Y, estrechándole el cuerpo con los brazos,
 Le oprime con su fuerza prepotente,
 La armadura rompiéndole en pedazos.
 Así que moribundo el cuerpo siente
 Del enemigo, cesa en sus abrazos
 El Alcides azteca, y presuroso
 Arroja aquel cadáver en el foso.

En tanto, los guerreros mexicanos
 Que al lado de tal héroe batallaban,
 Ejecutando lances sobrehumanos
 Al temible enemigo destrozaban.
 A unos al ancho foso, á los pantanos
 A otros, enfurecidos arrojaban,
 Causando en todos, más que su osadía,
 El pánico su ronca gritería.

Al ver que atravesar es imposible
 La defendida zanja, los soldados
 De Cortés, con empuje irresistible
 Rompen la valla de que están cercados,
 Creyendo que el cuartel inaccesible,
 Del enemigo los tendrá abrigados,
 Se rehacen y toman con presteza
 La direccion de aquella fortaleza.

En tanto Cuitlahuác, que con su gente
 El grueso acometiera del contrario,
 Logra atajar, intrépido y valiente,
 De Cortés el avance temerario.
 Sabe el soldado rey que el Occidente
 Con firmeza cubrir es necesario,
 Y la zanja que cruza la calzada
 Deja con sus guerreros resguardada.

En ese punto el trasparente lago
 En las lindes se extiende del camino,
 Y para secundar el fiero amago
 Por él la gente en las piraguas vino.
 Aumentan los flecheros el estrago
 Léjos del hierro agudo y asesino
 De la atrevida hueste castellana
 Que inútilmente por vencer se afana.

De las casas tambien en la techumbre,
 Del fuego colocándose al abrigo,
 Se agolpa la guerrera muchedumbre
 Y con piedras ofende al enemigo.
 En esa confusion, la incertidumbre
 Tiene la hueste de Cortés consigo,
 Y como el triunfo un imposible sea,
 Es forzoso morir en la pelea.

Hallándose en la lucha colocados
 Los contendientes de las dos legiones
 En un mismo terreno, abandonados
 Son por los castellanos los cañones.
 A personal combate precisados
 Se ven los aguerridos campeones,
 Y aunque el riesgo sus pechos no amedrenta,
 Vacilan viendo que el contrario aumenta.

Y prosigue el combate rudo y fiero:
 Aquí una dura espada centellea;
 Allí cruje, abollándose, el acero
 Que el hacha tosca con furor golpea.
 Más allá un desmontado caballero
 El bruto muerto en su defensa emplea;
 Y todos, por las masas acosados,
 Sostienen esa lid desesperados.

De pronto el fiero Cuítlahuác divisa
 Al caudillo español aborrecido,
 Y asomando en sus labios la sonrisa
 Del triunfo, le acomete decidido.
 A la luz momentánea é indecisa
 De un relámpago, vése acometido
 Cortés por el guerrero mexicano,
 Y el personal combate esquivá en vano.

Blande la clava con vigor la diestra
 Del incansable regio combatiente,
 Y su ademan titánico demuestra
 Que aniquila su golpe prepotente.
 El acerado escudo en la siniestra
 Afirma el español, y osadamente
 A su caballo con la espuela excita
 Y sobre Cuítlahuác lo precipita.

Pero el Rey mexicano, con la maza
 Al noble bruto acosa sin sosiego:
 La férrea vestidura despedaza
 Del animal, que se encabrita luego.
 Pronto de su enemigo la coraza
 Quebrantará con entusiasmo ciego,
 Y entónces, con la fuerza de sus brazos,
 El corazon le arrancará á pedazos.

A Cuítlahuác de súbito rodean
 Algunos españoles esforzados,
 Que por salvar al capitan pelean
 Contra aquel enemigo denodados.
 Todos con el valiente forcejean
 Y luchan en su ardor desesperados,
 Librando así su protectora ayuda
 A Hernan Cortés en la batalla ruda.

En medio de la bárbara refriega
Que contra muchos Cuiclahuác sostiene,
A los oídos del valiente llega
Una voz que en la lucha lo detiene.
Se abre paso despues con ira ciega,
Y aunque en el pecho su furor mantiene,
Busca por todas partes presuroso
Y pregunta á los suyos anheloso.

Una atrevida jóven mexicana
Que el campo de la lucha recorria,
A los soldados se acercaba ufana
Y así con ronco acento les decia:
"No hay que gastar en la contienda vana
La que os impulsa bélica osadía:
Marchad á la ciudad, que á los cuarteles
Volvió el Malinche con sus hombres fieles."

La traidora *Malintzin*¹⁸ así obraba
Para salvar á su acosado amante;
Y el bravo Cuiclahuác crédito daba
A la traicion en tan supremo instante.
Sintiendo que su pecho palpitaba
Con precipitacion, corre anhelante,
Y á la ciudad su marcha encaminando,
"¡Al Malinche! ¡Venganza!" va gritando.

Pero en el campo quedan las secciones
A la española hueste combatiendo,
Y en la lid los valientes campeones
De Cortés, sin cesar van sucumbiendo.
Tomando diferentes direcciones
Las chusmas tlaxcaltecas van huyendo:
La confusion por donde quiera brota
Y segura es en breve la derrota.

Alcanzar la victoria es imposible
Al capitan de corazon valiente:
¿Quién se opone al empuje irresistible
Del desbordado, mugidor torrente?.....
Considera Cortés que aún es posible
Seguir la retirada, y á su gente
Manda sin vacilar que con presura
Ciegue la infranqueable cortadura.

Entónces ¡oh terror! se lanza al foso
Cuanto se tiene á mano; cuerpos yertos,
Bestias vivas aún, el valioso
Quinto del Rey, los castellanos muertos.
En medio del desórden espantoso
Se cometen horribles desaciertos;
Así, esa gente, que á salvarse aspira,
Desesperada los cañones tira.

Queda cegado el foso, y al instante
 La hueste de Cortés se precipita
 Para seguir la marcha hácia adelante
 Con la violencia que el terror excita.
 Revuelta, en confusion, corre anhelante
 Sin oponerse más á la inaudita
 Hostilidad del enemigo osado
 Que en su derrota le persigue airado.

Alcanzan la postrera cortadura
 Que salvan con esfuerzos prodigiosos,
 Y algunos, recobrando la bravura,
 A los demas defienden valerosos.
 Quién, denodado, contener procura
 Cien enemigos fuertes y animosos;
 Quién, batallando con audaz violencia,
 Por otros sacrifica la existencia.

De pronto, perseguido y acosado,
 Manando sangre de la altiva frente,
 Llega á la zanja Pedro de Alvarado
 Manejando su lanza prepotente.
 En la refriega su brido osado
 Pereció; pero intrépido y valiente
 El adalid mantiene su entereza
 Para escapar del pueblo á la fereza.

Rápido en el peligro se prepara
 A salvar el obstáculo temido;
 Y, sin volver un punto atrás la cara,
 A la zanja dirígese atrevido.
 De las tinieblas á pesar, repara
 En un débil madero allí tendido;
 Clava en tierra la lanza temerario,
 El foso salva y huye del contrario.

Entretanto, Cortés, á las legiones
 Derrotadas alcanza, y con presteza
 Ordena los diezmadados escuadrones
 Reanimando de todos la entereza.
 Da á los jefes severas instrucciones,
 Y poniéndose luego á la cabeza
 Del reducido ejército, camina
 En direccion de la ciudad vecina.

En Tlacopan penetra, y fatigado
 Se sienta á descansar. Así, oprimido,
 Es fama que al mirar el destrozado
 Ejército valiente y aguerrido,
 Su pecho, por las penas agobiado,
 Dejó escapar tristísimo gemido,
 Y que á la ruda voz de los enojos
 Llanto vertieron sus airados ojos.

¿Fué encono? ¿fué dolor? ¿fué desaliento?.....
 La tradicion no guarda esa memoria;
 Pero del mexicano atrevimiento
 Deslumbra á nuestra edad la excelsa gloria.
 Si, obedeciendo á extraño pensamiento,
 La *Noche Triste* se llamó en la historia
 A esa noche, de Luz resplandeciente
 Será para la patria eternamente.

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO.

Caen en poder de los mexicanos los españoles que regresaron á la ciudad durante la jornada de la Noche Triste.—Cuitláhuac determina que sean sacrificados á los dioses.—Descripcion del sacrificio en el gran teocalli.—Regocijo del pueblo.—Salen las tropas mexicanas á atacar á los invasores, siendo rechazadas por éstos.—Aspecto que presenta la ciudad por la peste de la viruela.—Muerte de Cuitláhuac.—Sus funerales.—Es proclamado Cuauhtemoc Emperador de México.

¡Salve Tenochtitlan! Ciudad hermosa,
 Emporio del valor y la osadía;
 ¡Salve á tí que indomable y orgullosa
 Venciste la extranjera tiranía!
 De la victoria á la divina diosa
 Plugo premiar tu heroica bizarría,
 Haciendo que tu ejército invencible
 Castigara al contrario tan temible.